

eISSN: 2605-3322

Cómo citar este trabajo: Sánchez Hernández, J. L. (2021). The theoretical development of economic geography in the 21st century: towards the hybridisation of the scientific projects in the discipline. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (89). <https://doi.org/10.21138/bage.3080>

El desarrollo teórico de la Geografía Económica en el siglo XXI: hacia la hibridación de los proyectos científicos de la disciplina

The theoretical development of economic geography in the 21st century: towards the hybridisation of the scientific projects in the discipline

José Luis Sánchez Hernández 

jsh@usal.es

Departamento de Geografía

Universidad de Salamanca (España)

Resumen

La Geografía Económica ha mostrado un notable dinamismo disciplinar durante las dos primeras décadas del siglo XXI. Este dinamismo se ha traducido en una creciente interacción entre los tres proyectos científicos que han impulsado la disciplina desde sus orígenes a finales del siglo XIX: el proyecto ambiental, preocupado por la relación entre economía y Naturaleza; el proyecto locacional, que identifica los patrones de localización espacial de las actividades económicas y sus implicaciones para el desarrollo regional; y el proyecto estructural-contextual, atento a la interdependencia entre las estructuras globales de acumulación capitalista y la diversidad de trayectorias socioeconómicas locales. Esa interacción intradisciplinar está dando lugar a una Geografía Económica menos compartimentada en escuelas de pensamiento estancas y más híbrida en sus inquietudes y conceptos, como respuesta a la condición transversal de los problemas ambientales, económicos, sociales y políticos que desafían a la Humanidad. Esta hibridación, apoyada en la acreditada capacidad de la Geografía Económica para incorporar los

Recepción: 16.11.2020

Aceptación: 11.02.2021

Publicación: 29.03.2021



Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

avances teóricos de otras ramas del conocimiento, está muy relacionada con la penetración de los planteamientos ambientalistas en los proyectos locacional y estructural-contextual, tradicionalmente más atentos a las dimensiones espaciales y socio-territoriales del funcionamiento de la economía.

Palabras clave: Geografía Económica; desarrollo territorial; economías alternativas; Geografía Económica evolucionista; enfoque relacional.

Abstract

Economic geography has shown a remarkable disciplinary dynamism during the first two decades of the 21st century. Such dynamism has boosted interaction between the three scientific projects that have driven the discipline since its inception at the end of the 19th century: the environmental project, concerned with the relationship between economy and Nature; the locational project, which identifies the spatial location patterns of economic activities and their implications for regional development; and the structural-contextual project, focused on the interdependence between the global structures of capitalist accumulation and the diversity of local socioeconomic trajectories. This intra-disciplinary interaction is leading towards a more integrated, fluid and hybrid economic geography, as a response to the transversal nature of environmental, economic, social and political problems that challenge Humanity. This hybridisation, anchored in the acknowledged capacity of economic geography to dialogue with theoretical advances from other sciences, is closely related to the growing influence of environmentalist approaches and concerns onto both locational and structural-contextual projects, which have traditionally been more interested in the spatial and socio-territorial dimensions of the economy.

Key words: economic geography; territorial development; alternative economies; evolutionary economic geography; relational approach.

1 Introducción

Dentro de la Geografía Humana, la Geografía Económica es una disciplina pequeña en comparación con la Geografía Urbana o la Geografía de la Población, entre las que tienen mayor difusión en España, o con la Geografía Cultural y la Geografía Política, bien arraigadas en los entornos académicos anglosajones y francófonos. Sin embargo, la Geografía Económica ha sido protagonista del desarrollo teórico de la Geografía durante todo el siglo XX. La

revolución teórico-cuantitativa de la década de 1950 se apoyó en las contribuciones de Von Thünen, Weber y Christaller sobre los modelos de localización de las actividades agrarias, industriales y comerciales, respectivamente. Y el giro radical de la década de 1970 nace de la crítica al modelo urbano, social y territorial generado por el capitalismo fordista durante los Treinta Gloriosos (1945-1975), con Harvey como punta de lanza de una Geografía Económica inconformista y heterodoxa que en las tres últimas décadas del siglo XX incorporó nuevas corrientes de pensamiento al estudio de la interacción espacio-economía, caso de la escuela francesa de la Regulación durante los años 1980, y de las perspectivas institucionales y los enfoques postestructuralistas durante la década de 1990.

Entrado ya el siglo XXI, conviene hacer un balance reflexivo sobre el devenir de la Geografía Económica en sus dos primeras décadas, actualizando una propuesta anterior (Sánchez, 2003) sobre la existencia de tres proyectos científicos bien diferenciados en el seno de la disciplina. Un proyecto ambiental que estudia la relación entre la Naturaleza y la actividad económica. Un proyecto locacional preocupado por la identificación de pautas y regularidades en la distribución espacial de las diferentes ramas y sectores de la economía y por sus consecuencias sobre las trayectorias económicas regionales. Y un proyecto estructural-contextual que explica la diversidad de situaciones y procesos económicos locales como resultados contextuales y diferenciados de las grandes estructuras de acumulación de capital que operan, ya de manera ineludible, en una escala global y con una dimensión capaz de alumbrar una nueva época geológica, el Antropoceno, que no por casualidad ciertos autores prefieren denominar Capitaloceno (Barry & Maslin, 2016).

Esta triple manera de concebir la Geografía Económica se ha enfrentado, desde comienzos del nuevo siglo, al desafío que representan las macrotendencias mundiales de carácter ambiental (calentamiento global, pérdida de biodiversidad), económico (financiarización, sucesión de crisis severas), social (aumento de la desigualdad) y política (mayor radicalización). Se han difundido nuevos conceptos (resiliencia, decrecimiento, desarrollo sostenible, transición sociotécnica) para definir los procesos en curso, cuya complejidad requiere de una mayor integración entre las ciencias sociales y naturales. Este giro hacia una *Geografía de los procesos*, teorizado por Ortega (2000) al filo del cambio de siglo, se ha dejado sentir de manera apreciable en la Geografía Económica pues, según Rosenman, Loomis y Kay (2020), desde esa fecha se reactiva el debate sobre el impacto de tales macrotendencias en la práctica investigadora de la disciplina.

En concreto, este artículo intenta responder a las siguientes preguntas: ¿Cómo han evolucionado los tres proyectos científicos de la Geografía Económica desde el año 2000? ¿Se han limitado a profundizar en sus inquietudes particulares sin comunicación mutua? ¿O se observa quizá una *fertilización cruzada* que permite aprovechar mejor los continuados avances de cada proyecto para interpretar y responder a los desafíos globales de una forma más integrada?

Anticipando ya la respuesta, se argumenta aquí que la Geografía Económica registra un proceso interno de *hibridación* entre las preocupaciones, conceptos y métodos propios de cada uno de los tres proyectos científicos de la disciplina. Dos son los motores de tal proceso: primero, la capacidad endógena de cada proyecto para incorporar a su acervo científico las novedades teórico-conceptuales de otras ciencias naturales y sociales próximas; segundo, la influencia de los planteamientos y nociones ambientales sobre los proyectos locacional y estructural-contextual, tradicionalmente más atentos a las dimensiones espaciales y socio-territoriales del funcionamiento de la actividad económica.

Para justificar este argumento, el artículo se estructura en seis partes. Tras esta Introducción, la segunda parte expone sucintamente el origen, desarrollo y contenidos principales de los tres proyectos científicos en Geografía Económica. Las partes tercera, cuarta y quinta analizan el desarrollo de cada proyecto durante las dos últimas décadas, subrayando ese proceso de hibridación intradisciplinar cuyas implicaciones se discuten en la sexta parte.

2 La Geografía Económica y sus tres proyectos científicos hasta el año 2000

Un proyecto científico es una concepción sobre una determinada disciplina que se distingue de otras por su ontología (qué estudiar), su epistemología (forma de construir las teorías y papel atribuido a las mismas) y su metodología (técnicas y procedimientos de investigación utilizados) (Sánchez, 2003, p. 12). En Geografía Económica caben los tres proyectos mencionados, que se sustentan, respectivamente, en la concepción del espacio como naturaleza, como superficie, y como producto social. Ese es también su orden cronológico de aparición y hegemonía, que responde a las tres concepciones dominantes de la Geografía (Ortega, 2000): ciencia de la interacción entre medio físico y actividad humana; ciencia de la localización y distribución de los fenómenos sobre el espacio; y ciencia de la construcción y organización social del espacio.

2.1 El proyecto ambiental: dos perspectivas, dos momentos

El proyecto ambiental concede atención principal a la relación entre Naturaleza y actividad económica. Se constituyó como núcleo fundacional de la Geografía Económica desde su diferenciación a finales del siglo XIX hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial. Durante esta primera etapa, la Geografía Económica estudió, sobre todo, la relación entre los recursos naturales y el desarrollo económico de los territorios y sociedades del mundo. Entre 1950 y 1975, durante el auge del proyecto locacional, esta primera perspectiva ambiental pasa a segundo plano, aunque comienzan a esbozarse críticas hacia los nocivos efectos del desarrollo industrial sobre el equilibrio ambiental. En esta incipiente labor de denuncia, activada por la crisis del petróleo de 1973, hunden sus raíces los planteamientos conservacionistas (informes Meadows en 1973, o Bruntland en 1987) que, desde entonces, han logrado impregnar a toda la sociedad y, con ella, a la Geografía Económica. De este modo, el proyecto ambiental se reinventó tras el desprestigio padecido durante el período locacional debido a su talante idiográfico y a su inclinación por las ideas pseudodeterministas.

Tras 1975, la Geografía Económica dejó de considerar a la Naturaleza como simple proveedora externa de recursos (lógica subyacente en el primer proyecto ambiental) para elaborar una segunda versión que asume que la economía tiene un inevitable contenido material (se habla del *metabolismo* de las sociedades humanas), utiliza recursos tangibles y los transforma en bienes para satisfacer las necesidades y deseos de la sociedad. Como consecuencia, la Naturaleza sufre transformaciones que condicionan y hasta limitan las capacidades de producción futura y, con ellas, las opciones de reproducción social.

Este segundo proyecto ambiental reintroduce la Naturaleza en el campo de visión de la Geografía Económica y dota de una perspectiva ecológica al conjunto de sus líneas de investigación. Se salda así la deuda contraída por la Geografía Económica con la Naturaleza durante la hegemonía locacional que, al amparo de la ideología desarrollista de postguerra, desdeñaba por descriptiva la reflexión sobre los fundamentos naturales del proceso económico y concebía el espacio como una mera superficie isotrópica.

2.2 El proyecto locacional: una tendencia de fondo

A partir de 1950, la Geografía Económica abandona los estudios idiográficos para adentrarse en el análisis positivista de la organización del espacio económico. Este proyecto *locacional*, tomando aquí prestado el adjetivo del influyente texto de Peter Haggett (1965), concibe la actividad económica como un sistema espacial: las actividades ocupan espacio, están separadas

por el espacio, y la distancia condiciona la asignación de recursos escasos puesto que los agentes económicos también deben tomar decisiones sobre su localización y sus desplazamientos. El espacio geográfico tradicional queda reducido a la noción de *distancia geométrica* o, en todo caso, *económica*, lo que implica la incorporación de los costes de transporte a todo cálculo locacional y de flujos. El espacio isotrópico, esa llanura homogénea carente de barreras naturales, accesible en todas direcciones y cuya población se distribuye de manera equilibrada, dispone de información perfecta y actúa con racionalidad maximizadora, es el exponente máximo de la ontología del proyecto locacional.

Según Scott (2000), a finales de la década de 1960, el esfuerzo conjunto de esta Geografía Económica, impulsada desde la Escuela de Washington por Brian Berry y William Garrison, y de la llamada *Ciencia Regional*, apadrinada por Walter Isard (1956), era capaz de elaborar refinados modelos de localización (agraria, industrial, comercial, equipamientos, infraestructuras), lo que abriría el camino a la posterior diferenciación académica de las diversas geografías económicas sectoriales (industrial, comercial, de los transportes...) (Sánchez, 2003).

Esta fragmentación parcial de la Geografía Económica, la insatisfacción con las explicaciones neoclásicas sobre el desarrollo regional debido al freno a la convergencia interregional tras la crisis del petróleo, y el cuestionamiento del mercado como mecanismo organizador del espacio económico, son los factores que explican el desplazamiento del proyecto locacional hacia los márgenes de la Geografía Económica a partir de 1975. A la vez, estos factores conforman un marco propicio para la reconstitución de la disciplina en torno al estudio del capitalismo como modalidad hegemónica de organización política de la economía. El foco se desplazará entonces desde las partes de la economía (sus sectores productivos y sus formas espaciales) hacia el conjunto del sistema económico, del cual el territorio es parte integral y no un mero escenario de acumulación de capital.

Sin embargo, los análisis locacionales no desaparecieron por completo: desde los años 1980, será la Economía Regional quien continúe buscando, mediante metodologías cuantitativas, las regularidades subyacentes en la distribución espacial de las actividades económicas. Por tanto, a diferencia del proyecto ambiental, el locacional se ha desarrollado sin rupturas temporales desde su origen en la Teoría de la Localización de los pioneros alemanes hasta la consolidación de la llamada *Nueva Geografía Económica* desarrollada por economistas con visión espacial como Paul Romer y su teoría del crecimiento endógeno, Michael Porter y su análisis de los rendimientos crecientes a escala, o Paul Krugman y sus estudios sobre los costes de transporte,

que le reportarían el Premio Nobel de Economía en 2008. Estos tres factores se entenderán como responsables últimos de la ausencia congénita de equilibrio en el espacio económico y, con ella, de la tendencia de la economía a la aglomeración espacial, la concentración urbana y los desequilibrios económicos regionales.

2.3 Capitalismo y territorio o el proyecto estructural-contextual

El proyecto estructural-contextual indaga sobre la(s) forma(s) en que este sistema económico se sirve del espacio geográfico real -que es diferenciado y heterogéneo, no isotrópico- para alcanzar su objetivo de acumulación permanente de capital. Esta acumulación exige un proceso continuado de expansión geográfica de las relaciones capitalistas (estructura) que provoca diversas respuestas y adaptaciones territoriales (contexto) a los retos planteados por la articulación entre localización y acumulación.

Este proyecto se desarrolló desde mediados de la década de 1970 de manera orgánica o aditiva, integrando sub-proyectos aparentemente heterogéneos, pero que presentan una trabazón mutua y una articulación temporal plenamente coherentes en su búsqueda de una explicación fundamentada sobre la condición territorial del capitalismo.

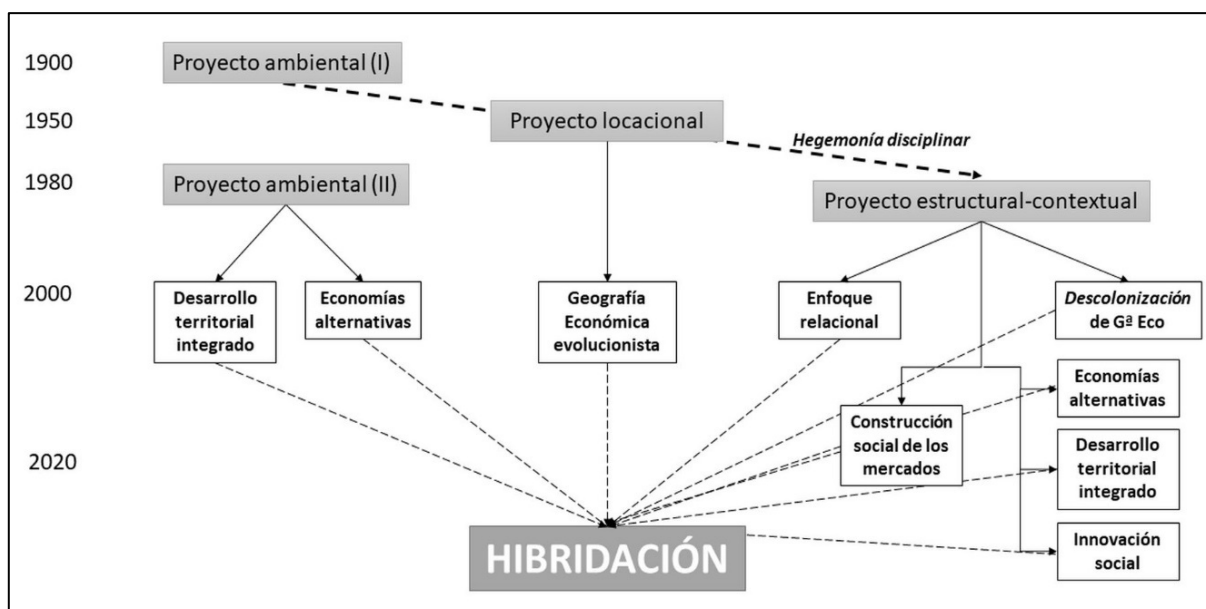
El proyecto estructural-contextual arranca del reconocimiento de la actividad económica como proceso político (enfoque de la economía política, de inspiración marxista) para incorporar después la esfera regulatoria como garante de la continuidad sistémica del capitalismo a través de sus sucesivas y recurrentes crisis estructurales (escuela francesa de la regulación). Ambos planteamientos conducen de forma natural a reparar en la función decisiva que instituciones y organizaciones tienen en esta labor de control sociopolítico de la economía (enfoque institucionalista) para concluir admitiendo que tales instituciones y organizaciones tienen una raíz social y cultural tan evidente que se hace imprescindible comprender plenamente los contextos para explicar en profundidad las trayectorias económicas (giro cultural) y postular, en consecuencia, la imposibilidad de separar economía, sociedad y cultura en compartimentos inconexos.

Cada corriente, además, puso sobre la mesa nuevos temas de investigación empírica y se concentró en determinadas unidades territoriales de análisis, desde los distritos industriales hasta la globalización dirigida por las empresas multinacionales y sus cadenas de valor. Como consecuencia de este doble esfuerzo, se consolidaron nuevas geografías económicas especializadas no ya en sectores de actividad, como en el apogeo del proyecto locacional, sino en factores y procesos económicos: la geografía de las finanzas, del trabajo, de la innovación o

de la empresa constituyen hoy otras tantas sub-especialidades de la Geografía Económica, al nivel de las geografías industrial, de los servicios o de los transportes.

Durante las dos primeras décadas del siglo XXI, la Geografía Económica ha profundizado en estos proyectos científicos. Los tres continúan activos, generando conceptos y líneas de investigación, aunque de forma asimétrica. Predomina hoy, como en 2000, el proyecto estructural-contextual, pero su hegemonía es menos aplastante que hace veinte años (Rosenman et al., 2020) a causa del proceso de *hibridación* impulsado por la influencia del segundo proyecto ambiental a través del concepto de Antropoceno y su crítica al sistema capitalista, y por la expansión de la Geografía Económica evolucionista, que ha revitalizado la perspectiva locacional, como se expone en los siguientes apartados y se resume en la Figura 1.

Figura 1. Desarrollo de los proyectos científicos de la Geografía Económica desde 2000



Fuente: elaboración propia

El análisis que sigue, no obstante, se centra en los nuevos desarrollos de cada proyecto, en la interacción entre proyectos, y en la influencia que otras disciplinas han ejercido sobre la Geografía Económica. Por razones de espacio, se dejan de lado otras cuestiones relevantes, como la sistematización pormenorizada de las líneas de investigación empírica amparadas por las nuevas perspectivas teóricas abiertas durante las dos últimas décadas, o el seguimiento de los avances en las escuelas y corrientes teóricas mencionadas en este apartado 2 y que estaban bien arraigadas en la Geografía Económica a finales del siglo XX (economía política, regulacionismo,

institucionalismo, postestructuralismo, nueva geografía económica, economía ecológica y ambiental).

3 Desarrollo territorial y economías alternativas: la eco-socio-economía del Antropoceno

La Geografía Económica, como las demás ciencias sociales, se ha impregnado de una profunda conciencia ecológica, lo que explica el vigor del segundo proyecto ambiental, preocupado por el impacto que la actividad económica ejerce sobre la Naturaleza. Hace una década que un Editorial de *Economic Geography* (2011), principal revista de la especialidad, identificó el estudio del cambio ambiental global como uno de los cinco temas emergentes en Geografía Económica, al mismo nivel que las finanzas globales, la propiedad digital, las formas de coordinación económica (red, mercado, empresa) y el estudio de las economías del Sur Global.

Este Editorial proponía la *Socionaturaleza* como objeto de estudio de la Geografía Económica ambiental, una socionaturaleza que emerge de la intersección de procesos naturales y sociales y en cuya conformación la actividad económica tiene un protagonismo indiscutible. El término *Socionaturaleza* evoca el concepto de Antropoceno -que no se cita en el texto- y sus implicaciones para la disolución de las barreras entre lo social y lo natural a la que asistimos en nuestro tiempo. A este reto, la Geografía Económica ha respondido con dos líneas de reflexión que combinan la crítica con la normatividad y la política con la utopía: el desarrollo territorial integrado (Albertos, Caravaca, Méndez, & Sánchez, 2004) y las economías alternativas (Sánchez, coord., 2019).

El concepto de *desarrollo territorial integrado* (Moulaert & Sekia, 2003; Pike, Rodríguez Pose, & Tomaney, 2006; Vázquez Barquero, 2007; Torre, 2015) aspira a superar las visiones economicistas que igualan desarrollo local con crecimiento económico y reducen lo económico a variables macro como el producto interior bruto o la renta media por habitante. Mientras el crecimiento significa, nada más, ganancia de tamaño, el desarrollo conlleva la adquisición de nuevas capacidades. El auténtico desarrollo de un territorio, asunto central en Geografía Económica, no puede limitarse entonces al crecimiento del volumen de actividad económica, sino que debe asegurar la cohesión social mediante la distribución justa de los ingresos, la sostenibilidad ambiental del circuito económico, y la *gobernanza* o participación real de la sociedad civil en las decisiones políticas que definen el modelo de desarrollo. Crecimiento, cohesión, sostenibilidad y gobernanza son los cuatro pilares de todo proceso y proyecto de desarrollo territorial. La debilidad o ausencia de uno de ellos conduce al estancamiento

económico, el conflicto social, la degradación ambiental o la exclusión ciudadana (Lundvall & Maskell, 2000).

Ahora bien, el concepto de desarrollo territorial integrado no incorpora ninguna crítica de fondo al sistema económico basado en el mercado como mecanismo de asignación de recursos. Se sitúa así en la estela de la Economía Ambiental y se articula en torno al concepto de *sostenibilidad*, uno de esos *términos mágicos* por su amplitud, atractivo, difusión y capacidad para concitar consensos (Pollitt & Hupe, 2011). En efecto, la sostenibilidad, hoy día, ya no es sólo ambiental, sino también social y económica, ha sido asumida por los actores que dominan el discurso público y figura como objetivo de multitud de organizaciones privadas y políticas públicas. En nuestro tiempo no cabe plantear ninguna propuesta de intervención territorial que no esté presidida por la búsqueda de la sostenibilidad.

Más radical y desafiante es el pensamiento sobre las economías alternativas, próximo a los planteamientos de la Economía Ecológica sobre la imprescindible transición hacia un modelo socioeconómico fundamentado en la noción de comunidad entre las personas y de éstas con la Naturaleza (Gibson-Graham, 2008; Fickey, 2011; Chatterton, 2016). Sus promotores denuncian el carácter individualista, explotador y depredador del capitalismo. La alternativa debe consistir en sustituir el triángulo empresa-competencia-mercado por otro con vértices en la comunidad, la cooperación y la reciprocidad, y en cuyo seno la Naturaleza ocupa una posición central, tanto en el imaginario de sus promotores como en el diseño de sus mecanismos de organización interna e interacción con el entorno.

De hecho, las iniciativas más extendidas y con mayor número de integrantes son las relacionadas con la alimentación (huertos urbanos, grupos de consumo, mercados de productores, parques agroecológicos, restauración colectiva de proximidad), donde se hace más patente la conexión humana con la Naturaleza y donde es más sencillo desempeñar un papel activo en la construcción de un nuevo orden económico, social y político basado en la proximidad geográfica, la democracia directa y el respeto por los recursos naturales (Conill et al., 2012).

La teoría de la transición sociotécnica se ha utilizado con frecuencia (Geels, 2002; Martin, Upham, & Budd, 2015; Nicolosi & Feola, 2016) para interpretar el crecimiento cuantitativo y la difusión geográfica de estas economías alternativas. Esta teoría tiene una influencia creciente en Geografía Económica porque su trasposición al análisis territorial es muy directa, ya que adopta una perspectiva multi-nivel que parte del *nicho*, se extiende al *régimen* y termina por transformar el *paisaje*. El nicho es fácilmente identificable con lo local, mientras el régimen y el paisaje

tienen connotaciones de mayor dimensión, desde lo regional a lo nacional y lo global, incluso. El mismo término *transición* evoca también un proceso paulatino de transformación desde el sistema hegemónico hacia un futuro más sostenible/reformista, más natural/radical.

Desarrollo territorial sostenible/integrado y economías comunitarias/alternativas tienen varios puntos en común. Primero, comparten una visión holística del territorio, aquél, y de la vida económica, ésta. Desarrollan el segundo proyecto ambiental a la luz del pensamiento antropocénico propuesto por Crutzen y Stoermer (2000): no entienden la economía ni la sociedad al margen de la Naturaleza ni tampoco las colocan en una posición subordinada, sino que hacen responsable a la socioeconomía -y a la política- del cuidado colectivo de la Naturaleza. La idea del Antropoceno, pues, está condicionando la práctica de la Geografía Económica y reforzando el significado del proyecto ambiental en la disciplina.

Segundo, retienen a la Geografía Económica en contacto con lo material, marginado como objeto de estudio (Carr & Gibson, 2016) durante las primeras décadas de la hegemonía de un proyecto estructural-contextual concentrado en la explicación del papel de la política, la regulación, las instituciones y las identidades en el funcionamiento, geográficamente diferenciado, de la economía.

Tercero, conforme a la teoría de la transición, privilegian la acción local como marco de análisis y de acción: el territorio sostenible y la economía alternativa se construyen en la proximidad y la co-presencia, por más que en ambos casos se reconozca que el concurso de actores distantes es tan inevitable como imprescindible.

Cuarto, plantean una crítica al orden territorial y económico dominante a todas las escalas geográficas, aunque sus posiciones teórico-ideológicas difieren respecto a las herramientas y estrategias idóneas para impulsar la transición. El desarrollo territorial, apoyado en la noción de sostenibilidad, no rechaza el objetivo del crecimiento económico, sino que llama a coordinarlo con los otros tres pilares del concepto. Las economías alternativas están próximas a los planteamientos del decrecimiento (Latouche, 2013; Kallis & March, 2015; Schmid, 2019) y sus célebres ocho R: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, relocalizar, redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar. Estos principios guiarían la gestión territorial hacia la conformación de *bioregiones* tendentes a la autosuficiencia metabólica.

Pero estas coincidencias no bastan para evitar las discrepancias sobre la estrategia política. El desarrollo territorial sostenible ha sido asumido por las políticas públicas de la Unión Europea, como la Estrategia 2020 y el nuevo Pacto Verde. El objetivo de lograr una Europa más

inteligente, inclusiva y sostenible se concreta en una serie de metas que se corresponden con los pilares del desarrollo territorial. Desde ahí hacia las escalas inferiores, tanto las agendas urbanas (Estrategias de Desarrollo Urbano Sostenible Integrado-EDUSI, Nasarre et al., 2017) como las políticas de desarrollo rural cuidan, en su formulación y aplicación, ese equilibrio entre crecimiento, cohesión, sostenibilidad y participación. En esta perspectiva, la transición se puede impulsar en sentido *top-down* si hay voluntad política (y dotación presupuestaria) dentro del sistema capitalista y de la democracia representativa.

En cambio, las economías comunitarias se construyen, de forma voluntaria, en la escala local o biorregional (Gibson-Graham, 2007; Magnaghi, 2016) y con una acentuada vocación de autonomía respecto de los poderes públicos (Hodkinson & Chatterton, 2006; Pascual & Guerra, 2019; Sánchez & Moro, 2019). Solo muy recientemente están logrando influencia en las ciudades donde han alcanzado cierta implantación cuantitativa y alguna presencia política (Subirats & García Bernardos, eds., 2015; Sánchez & Pitarch, 2019). Hasta donde alcanza la reciente evidencia empírica, parece que el tamaño de la ciudad, la densidad de las experiencias comunitarias, la orientación ideológica del gobierno local y el soporte teórico proporcionado por centros de investigación y pensamiento afines a su ideario, son cuatro factores que explican el respaldo que algunos Ayuntamientos han concedido a estas formas de eco-socio-economía (Sánchez & Glückler, 2019), etiquetadas a veces como *innovación social* o *economía social y solidaria*, otros *conceptos mágicos* llamados a suavizar la confrontación con el orden neoliberal.

En definitiva, el proyecto ambiental ha ganado relevancia en la Geografía Económica del siglo XXI. Su agenda de investigación sobre la interacción entre procesos económicos, ecosistemas y recursos naturales sustrae a la Geografía Económica de cualquier tentación de desmaterialización. Ha amparado la consolidación de dos poderosas referencias conceptuales, el desarrollo territorial integrado y las economías comunitarias, que ponen el territorio y lo local en el centro del análisis. Ni una ni otra se deben en exclusiva al enfoque ambientalista de la disciplina (ver apartado 5). Pero no se pueden concebir, ni como construcciones intelectuales, ni como proyectos políticos, al margen de la generalización de la conciencia ecológica en toda la sociedad y de la adopción de una perspectiva antropocénica en la investigación científica. Cada una entronca con una escuela del pensamiento económico sobre la forma más viable de emprender la transición hacia una economía ambiental (regulada por el mercado) o ecológica (adaptada a un marco biorregional). Y su conexión con la teoría de la transición ha enriquecido el arsenal teórico de la Geografía Económica, que está aplicando esta teoría tan sugerente al estudio de la difusión de tecnologías limpias en los sectores de la energía, la construcción o la

viabilidad de los proyectos comunitarios de desarrollo autocentrado (Schulz & Bailey, 2014; Nicolosi & Feola, 2016; Nicolosi, Medina & Feola, 2018; Faller & Schulz, 2018).

4 La Geografía Económica evolucionista, o el retorno del proyecto locacional

En 2001 despunta un primer indicio de la voluntad de reubicar las perspectivas locacionales en el corazón de la Geografía Económica tradicional o *proper* (Overman, 2004). El *Journal of Economic Geography* -editado por Oxford University Press- nació en ese año con el objetivo de congrega a economistas y geógrafos en torno al estudio de la interacción entre economía y espacio. El mismo empeño animó el diseño del influyente *Oxford Handbook of Economic Geography* (Clark, Feldman, & Gertler, eds., 2000, con una segunda edición en 2018), donde cada bloque temático contenía capítulos escritos por economistas y por geógrafos.

Por tanto, a la vez que Crutzen y Stoermer (2000) acuñaban el término *Antropoceno* y el *giro cultural* parecía apoderarse de la Geografía Económica (Barnes, 2001; Rodríguez Pose, 2001), se estaba gestando el reencuentro entre Geografía Económica y Ciencia Regional/Nueva Geografía Económica, que cristalizaría en la Geografía Económica evolucionista (GEE, en adelante). La GEE es Geografía Económica *proper* porque la impulsaron geógrafos económicos, porque se interesa por los dos asuntos nucleares del proyecto locacional -localización económica y desarrollo regional, el llamado *paisaje económico*- y porque combina herramientas de la economía espacial neoclásica con conceptos de la economía evolucionista como la perspectiva temporal de largo plazo que sustituye al *homo oeconomicus* omnisciente por un sujeto de racionalidad limitada cuyas acciones están condicionadas por el pasado y por su inserción en un contexto tecnoeconómico donde la información circula de manera imperfecta (Sheppard, 2000).

El desarrollo de la GEE está ligado a la figura de Ron Boschma (Universidad de Utrecht), cuyos trabajos más conocidos permiten sintetizar las novedades que aporta la GEE (Boschma, 2004; Boschma & Frenken, 2006, 2011; Boschma & Martin, 2007; Boschma & Frenken, 2018). Dentro del proyecto locacional, la GEE adquiere un perfil propio porque establece un objeto de estudio (ontología), unos conceptos y principios centrales (epistemología) y unas técnicas de investigación (metodología). El objeto de estudio es la desigual distribución de la actividad económica en el espacio y, sobre todo, los procesos históricos que conducen a una desigualdad que es estructural y acumulativa. Virando ahora hacia el segundo proyecto ambiental, el pensamiento evolucionista darwiniano (rutina, selección, retención, adaptación, herencia, variedad relacionada), ya empleado en Economía para entender la fundación,

crecimiento y desaparición de las empresas, se aplica ahora a las unidades geoeconómicas (regiones, ciudades) y al análisis de su formación, especialización, auge y eventual decadencia. Las técnicas cuantitativas, la modelización y el lenguaje matemático dotan a la GEE de una personalidad bien diferente del lenguaje discursivo mayoritario en el proyecto estructural-contextual.

La GEE parte del mismo argumento que la escuela de la economía política y el enfoque de la regulación: el capitalismo y su *inconstante* geografía (Storper & Walker, 1989) nunca están en equilibrio, así que *“...la preocupación básica de la geografía económica evolucionista son los procesos temporales de transformación del paisaje económico – la organización espacial de la producción, la distribución y el consumo económicos”* (Boschma & Martin, 2007, p. 539). Si el cambio ha de ser estudiado para comprender la distribución desigual de las actividades económicas en el espacio, es lógico que la innovación ocupe un lugar destacado en la GEE, por analogía con el papel de las mutaciones en la teoría evolucionista. La innovación, y el conocimiento que la impulsa, forman parte endógena del proceso económico porque son el motor último de la auto-transformación de la economía.

Pero ¿dónde radica ese conocimiento? ¿Quién es el sujeto de la economía? La GEE descarta el individualismo metodológico de la Nueva Geografía Económica -en esto se alinea con los otros proyectos de la disciplina- y concibe un actor económico que no dispone de información completa y se desenvuelve en contextos socioespaciales de incertidumbre y racionalidad condicionada. Fusionando economía neoclásica y economía institucional (Boschma, 2004), la GEE define a la organización, en concreto a la empresa, como protagonista de la economía.

Las empresas compiten en el mercado, pero no por sus costes de producción ni por la calidad de sus productos, al menos de forma directa. Sus recursos competitivos esenciales son las rutinas, de difícil codificación y transmisión porque se construyen en el tiempo y en el espacio gracias a la acumulación de conocimiento tácito. Las rutinas encarnan la memoria organizacional de las empresas y les ayudan a reducir la incertidumbre y a tomar decisiones basadas en la experiencia pasada.

El aprendizaje que alimenta las rutinas constituye así una característica central del proceso económico. Cada empresa desarrolla sus rutinas (como cada individuo de una población animal tiene las suyas propias), así que toda población empresarial presenta una variedad de partida que se enfrenta al proceso natural de selección que imponen la competencia en el mercado y el cambio continuo de las condiciones de dicha competencia (fluctuaciones de la demanda,

novedades técnicas, entrada de nuevos competidores, oscilaciones en los precios, shocks imprevistos...).

El desarrollo económico consiste, entonces, en un proceso continuo de selección natural entre empresas que compiten mediante innovaciones cuya concepción e implantación exigen la adopción de nuevas rutinas. Las empresas buscan ese nuevo conocimiento en sus propias rutinas, que sirven para adaptarse al entorno, pero que también determinan su capacidad para absorber el conocimiento ajeno a su base cognitiva interna (Boschma, 2005). Por eso predominan en número las innovaciones incrementales o modificaciones de los productos y servicios ya disponibles. Con el paso del tiempo, cada empresa acumula un conocimiento tácito interno que las demás empresas no pueden imitar con facilidad y constituye la base de su ventaja competitiva en el mercado.

La empresa, además, actúa en un espacio económico cuya trayectoria intenta modelizar la GEE. Continuando con el argumento, en un territorio dado -la escala regional, predilecta del proyecto locacional, lo es también de la GEE- el conocimiento está distribuido entre una población de empresas con rutinas y memorias organizativas diferentes. Aquí entran en juego las instituciones (un préstamo decisivo del proyecto estructural-contextual) como factor que condiciona la circulación de esos conocimientos internos a las empresas cuya recombinación -o falta de ella- explica la desigual capacidad adaptativa de una economía regional dada. La GEE sostiene que la movilidad del trabajo y la constitución de nuevas empresas a partir de otras ya existentes (*spin-off*) son los principales vectores de la difusión de conocimientos y rutinas entre las empresas de un territorio. Esa transmisión es, con todo, imperfecta y las rutinas sufren pequeñas mutaciones cuando se desplazan fuera de su empresa-entorno original, lo que garantiza la continua diversificación de las rutinas presentes en una población empresarial concreta.

En esta lectura evolucionista, la tendencia de la economía a la aglomeración espacial se explica por la concentración geohistórica de rutinas y de conocimiento en lugares y tiempos determinados. Esas rutinas nacen, se extienden, circulan y mutan en un marco regional donde sobreviven las más competitivas y exitosas, las que tienen más probabilidades de ser transmitidas a otras empresas y de conectar con la base regional de conocimiento y tecnología. Este fenómeno se denomina *variedad relacionada* y explica que las regiones conserven, en el largo plazo, una especialización económica ligada a sectores interrelacionados que comparten una base de rutinas, conocimiento y tecnología (Boschma & Frenken, 2011) construida y reproducida gracias a la aglomeración espacial. Los cierres de empresas forman parte de un proceso de

selección que preserva las rutinas de las empresas competitivas y elimina otras inadaptadas al entorno. Así, la calidad de las rutinas de un territorio se incrementa con el tiempo y da lugar a procesos virtuosos de desarrollo económico y de diversificación de la estructura productiva en torno a un núcleo originario. Cuando esa diversificación no es lo suficientemente consistente, se produce el fenómeno del encierro (*lock-in*) y la economía de un territorio declina por falta de adaptación a los cambios en el mercado.

Estas trayectorias económicas también se ven afectadas por el grado de arraigo territorial de los actores y por las externalidades de conocimiento que generan sus empresas: a mayor densidad y variedad de capacidades de sus empresas, mayor capacidad de innovación de un territorio a través de la combinación de conocimientos y de la acción de la variedad relacionada. El concepto de *sistema regional de innovación* (Braczyk, Cooke, & Heidenreich, eds., 1998; Cooke & Morgan, eds., 1998) está muy ligado al pensamiento evolucionista porque es el responsable de formalizar los canales informales de circulación local del conocimiento y de evitar el *lock-in* habilitando conexiones con los *stocks* extrarregionales de conocimiento: la metáfora del *zumbido local* y los *oleoductos globales* de Bathelt, Malmberg y Maskell (2004) captura este imperativo con notable elocuencia. Activos empresariales e instituciones de interconexión son recursos territoriales intangibles que se reproducen de manera localizada y sostienen la competitividad de las empresas en el medio y largo plazo: “*Por tanto, no es el nivel individual u organizativo el que importa [para la GEE], sino el nivel territorial*” (Boschma, 2004, p. 1.008).

Si el mercado selecciona a las empresas en función de sus rutinas, lo mismo hace con las regiones en función de sus activos y su capacidad de adaptación a un entorno cambiante. El desarrollo regional depende de la trayectoria previa de cada territorio, que define el marco de competencias que una región puede adquirir y con ella establece un rango de sectores económicos que pueden localizarse y prosperar en ella; *sensu contrario*, esa trayectoria limita o anula las opciones de especialización en sectores que requieren de una base de conocimiento y unas rutinas que la región no puede adquirir. Por eso las regiones profundizan en una senda de especialización y no en otras: aquí el pensamiento evolucionista entronca con las ideas de la Nueva Geografía Económica sobre los rendimientos crecientes que las empresas obtienen gracias a los desbordamientos de conocimiento que se generan en las aglomeraciones urbanas. Esos rendimientos, esos desbordamientos y esas aglomeraciones se retroalimentan y atraen inversiones en infraestructuras, educación y otros activos que dotan al territorio de las aptitudes que exige el crecimiento de sus industrias motrices, las cuales quedan cada vez más atadas a ese marco regional de donde obtienen el conocimiento que alimenta sus rutinas. En una

argumentación evolucionista, estas serían las regiones que retienen aptitudes más adaptadas a las tendencias del mercado y, por ello, las que prosperan de forma más patente.

Conservando algunos conceptos y métodos de la Economía Regional, e inspirada por las explicaciones evolucionistas y ecológicas de las ciencias naturales, la ontología de la GEE ha reemplazado al espacio isotrópico en equilibrio por un paisaje económico estructuralmente desequilibrado y en constante transformación debido al impulso innovador de las empresas y sus rutinas. Es lógico, por tanto, que el desarrollo regional y los clúster de empresas que lo empujan y que introducen variedad en el paisaje económico figuren entre sus preocupaciones centrales, completadas con el estudio de la innovación, el conocimiento y los factores institucionales que habilitan o entorpecen su circulación, transmisión y asimilación.

La GEE ha influido después en otros temas de investigación habituales de la Geografía Económica y susceptibles de ser interpretados desde una lógica inspirada en la variedad relacionada:

- Los ciclos de vida de distritos industriales maduros (Edenhoffer & Hayter, 2013) o la diversidad geográfica y organizativa de sectores como el transporte aéreo (Suau & Pallarés, 2013), las industrias creativas (Berg & Hassink, 2014), los establecimientos de restauración (Reiffenstein, 2017) o el turismo cultural (Mitchell & Shannon, 2018).
- La diversificación de las estructuras industriales regionales como efecto de la variedad relacionada (Xiao, Boschma, & Andersson, 2018).
- Las posibilidades de extender la GEE al estudio de las relaciones entre economía y medio ambiente (Patchell & Hayter, 2013) o de explicar el desarrollo regional combinando análisis evolucionista y teoría de la transición (Boschma, Coenen, Frenken & Truffer, 2017).

Por lo tanto, la GEE ya no se circunscribe al estudio del paisaje económico en perspectiva histórica, sino que sus conceptos y técnicas se aplican a temas característicos de los otros dos proyectos científicos de la Geografía Económica, en una nueva muestra del proceso de hibridación que se está registrando en la disciplina durante los últimos años.

5 Avances en el proyecto estructural-contextual: hacia una Geografía Económica relacional, cultural y descolonizada

La inquietud por el futuro del planeta y el vigor de la GEE han mermado levemente la hegemonía del proyecto estructural-contextual, a tenor del análisis temático de los artículos publicados en las principales revistas de Geografía Económica entre 2002 y 2017 elaborado

por Rosenman et al. (2020). Además de la interacción con los demás proyectos, que enriquece sus instrumentos teóricos y sus temas de investigación, se pueden identificar tres aportaciones adicionales (apoyadas en los pilares de este tercer proyecto: economía política, regulacionismo, instituciones y postestructuralismo) que proponen una nueva forma de abordar los temas de investigación (enfoque relacional), una nueva concepción de la economía (construcción social del mercado y economías alternativas, otra vez), y una nueva mirada a la geografía de la Geografía Económica, atenta a las aportaciones no angloamericanas (descolonización o descentramiento-*decentering*).

El artículo "*Toward a Relational Economic Geography*" (Bathelt & Glückler, 2003) afirma que la Geografía Económica relacional (GER, en lo sucesivo) constituye un *enfoque* articulado de elementos teóricos, epistemológicos y metodológicos capaz de abordar cualquier tema de investigación en Geografía Económica. La GER se basa en cinco proposiciones (Bathelt & Glückler, 2003, 2005; Bathelt, 2006).

Primera, la concepción del espacio. El espacio no existe como categoría explicativa independiente, sino que es construido por los actores económicos. En vez de partir de unidades espaciales (ciudad, región, Estado), la GER parte del actor (empresa, consumidor) y estudia su conducta en perspectiva espacial, interrogándose por la forma en que el espacio afecta a sus actos y decisiones. La GER no busca regularidades espaciales, sino que concibe los procesos económicos como hechos sociales condicionados por el espacio.

Segunda, el objeto del conocimiento. La GER estudia la acción económica, los objetivos y estrategias de los agentes, que están incrustadas en un marco de relaciones sociales de escala local y regional, principalmente. "La Geografía Económica relacional [...] se centra en las personas, empresas, instituciones y otras organizaciones implicadas en el proceso de decisión económica" (Bathelt & Glückler, 2003, p.129).

Tercera, la concepción de la acción. Toda acción humana es contextual, por lo que la GER no separa acción y contexto como categorías independientes, sino que estudia los contextos en que ocurren los procesos económicos y la interacción recursiva entre acción y contexto.

Cuarta, la epistemología relacional es el realismo crítico y no la formulación de leyes de valor universal. La GER asume el principio de contingencia, según el cual un hecho no ocurre necesariamente como consecuencia de otro, de modo que pre-condiciones idénticas no tienen consecuencias idénticas en todo tiempo y lugar.

Quinta, la investigación en Geografía Económica nunca debe perder de vista tres factores que condicionan la actuación de los agentes económicos: contextualidad (los agentes económicos están situados en marcos de relaciones socio-institucionales y su acción no puede explicarse por leyes espaciales universales), dependencia de la trayectoria (las acciones y estructuras cotidianas condicionan las futuras opciones) y contingencia (los agentes pueden desviarse de las trayectorias marcadas y no están totalmente determinados por el contexto).

Estas proposiciones evocan claramente los fundamentos del proyecto estructural-contextual (sobre todo el institucionalismo y, con matices, la sensibilidad del giro cultural hacia los contextos), enriquecidos con algunas ideas de la Geografía evolucionista: significado del entorno institucional, relevancia de los actores de la economía y voluntad de desvelar la naturaleza interactiva y localizada de los procesos económicos. Es una Geografía Económica concebida desde lo social que busca comprender las conductas de los actores en su contexto territorial.

La GER ha permanecido muy asociada a la figura de sus dos impulsores, cuyas publicaciones posteriores procuran incluir el adjetivo *relacional* para conservar la notoriedad adquirida con el artículo original. Han aplicado su enfoque a la formulación del concepto de *recurso* (Bathelt & Glückler, 2005), al proceso de expansión internacional de las firmas de consultoría (Glückler, 2006), a la economía del conocimiento (Bathelt & Glückler, 2011) o a la globalización del sector de la fotografía de agencia (Glückler & Panitz, 2016).

Sheppard, Barnes y Peck (2012) destacan la GER como una de las dos aportaciones más sustanciales del arranque del siglo XXI, al mismo nivel que las demandas por descolonizar la Geografía Económica (ver más adelante). Ciertamente, el adjetivo *relacional* se ha popularizado en los últimos tres lustros, aunque no siempre guardando fidelidad a la propuesta original. Prestigiosos autores han bautizado como *infraestructura relacional* la red de organizaciones que sostienen la capacidad innovadora de la bahía de San Francisco (Storper, Kemeny, Makarem & Osman, 2015). La innovación, proceso crucial, se ha redefinido en clave relacional (Fløysand & Jakobsen, 2011). Y Jones (2014) entiende que la GER es uno de los principales avances de la Geografía Económica en el estudio de las prácticas que construyen a diario el espacio económico.

Pero quizá la mejor prueba del ascendente del enfoque relacional no venga de la mano de sus reputados partidarios, sino de la no menor talla de sus críticos. Yeung (2005) encuentra dos puntos débiles: la omisión del poder como cualidad que afecta necesariamente a las relaciones entre los actores, y el énfasis excesivo en el contexto local, en detrimento del papel de las

relaciones extralocales en la acción de los agentes económicos. Más agria es la postura de Sunley (2008), quien lo califica de moda sin fundamentos porque no identifica factores causales ni aspira a detectar regularidades espaciales, a la vez que sugiere explicar las relaciones económicas como función del contexto institucional.

Quizá la posterior adhesión de sus promotores a los planteamientos institucionalistas (Bathelt & Glückler, 2014) podría derivar de esta crítica, aunque también es cierto que el diseño original del enfoque relacional no ignora el papel de las instituciones en la construcción del contexto donde operan los actores económicos. Habría que añadir aquí una crítica geográfica a la rotundidad con que la GER descarta al territorio como sujeto: ante la competencia interterritorial provocada por el incremento de los flujos de capital en el capitalismo global, las comarcas, ciudades, regiones y Estados se están convirtiendo en actores institucionales que pugnan por atraer y generar riqueza y se han dotado de estructuras de inteligencia territorial que cuestionan esa condición de meros contextos donde operan los agentes económicos. De hecho, en su trabajo conjunto más reciente, Bathelt y Glückler (2018) insisten en describir la GER como un diseño de investigación, además de sugerir una agenda de colaboración con disciplinas colindantes como la sociología económica, los estudios sobre organizaciones o el análisis de redes.

La influencia de los estudios sociales y culturales sobre la Geografía Económica, patente desde finales del siglo XX y fortalecida después por el enfoque relacional y los estudios postcoloniales y de género, ha dado lugar a nuevas concepciones de la economía y del mercado como su marco de coordinación más extendido.

Así, una serie de artículos publicados en *Progress in Human Geography* ha puesto de relieve que el mercado es una compleja construcción social (Berndt & Boeckler, 2009, 2011; Boeckler & Berndt, 2013). Barnes y Christophers (2018, p. 101-2) ensalzan esta aportación como ejemplo de las posibilidades que la adaptación de otras teorías sociales -en este caso, la performatividad de Callon, la red-actor de Latour y los órdenes de justificación de Boltanski y Thévenot- encierra para el progreso de la Geografía Económica.

Berndt y Boeckler, alemanes como Bathelt y Glückler, rechazan la supuesta espontaneidad o inevitabilidad del mercado como mecanismo de intercambio. La Economía neoclásica asume que el mercado es un hecho natural y autoconstituido, que opera sin necesidad de una acción intencionada de los actores que participan en él. Estos autores, en cambio, sostienen que los mercados son construcciones sociales extraordinariamente complejas cuyo funcionamiento exige

multitud de acciones encaminadas a que su funcionamiento se asemeje a la competencia perfecta neoclásica. Por eso consideran que el pensamiento neoclásico sobre el mercado es *performativo*: ese pensamiento no refleja una realidad previa que ya existe, sino que la produce mediante el esfuerzo de personas y organizaciones y la intervención de normas, dispositivos y lugares específicamente diseñados para ello, como los supermercados, los reglamentos sanitarios, las aplicaciones informáticas o el crédito, entre otros muchos.

Pero el mercado, pese a dichos esfuerzos, es intrínsecamente inestable y exige la intervención continua de fuerzas estabilizadoras, tanto directas (políticas fiscal o monetaria) como indirectas (marco institucional). Los mecanismos de certificación y estandarización de los productos son instrumentos de estabilización que facilitan la coordinación a distancia de los procesos económicos. En el mercado, además, individuos y organizaciones difieren en poder y tamaño, de modo que su funcionamiento produce desigualdad social y geográfica. Como producto social que son, los mercados no se rigen únicamente por criterios crematísticos, sino que en la vida económica concreta intervienen otros valores y principios morales, como la tradición, la confianza, la reputación, el bien común, la inspiración o la rutina, que modelan la conducta de personas y organizaciones y también se combinan en el territorio de forma contingente.

En lectura geográfica, todo esto significa que no existe un único modelo universal de mercado, sino una miríada de mercados condicionados por el contexto socio-cultural que los construye. Esta construcción, además, se encuentra en expansión permanente: Berndt y Wirth (2018) han demostrado la capacidad performativa del pensamiento neoliberal para expandir la lógica capitalista a nuevos terrenos, caso de las políticas sociales instrumentadas por los poderes locales británicos mediante la emisión de *bonos sociales*, que representan un paso más en la mercantilización de todas las esferas de la existencia humana, denunciada por Karl Polanyi en 1944 y acelerada desde 1980 con el advenimiento de la hegemonía neoliberal, encarnada en la célebre sentencia de Margaret Thatcher: *No hay alternativa*.

¿No hay alternativa? La Geografía Económica estructural-contextual ha desvelado que sí hay alternativa al capitalismo y, sobre todo, a la *sociedad de mercado* (Fraser, 2014; Mason, 2016; Streeck, 2017). Numerosos e influyentes autores (Leyshon, Lee & Williams, eds., 2003; Gibson-Graham, 2007, 2008, 2014; Fuller, Jonas & Lee, 2010; Castells, 2012; White & Williams, 2012, 2016; Castells et al., 2017) han demostrado que el capitalismo no es el único sistema económico realmente existente en las sociedades presuntamente capitalistas, donde se han identificado soluciones económicas ajenas a la competencia como principio de coordinación y al

mercado como mecanismo de intercambio. La cooperación entre iguales en el seno de pequeñas comunidades -e incluso el altruismo y los cuidados en el hogar- también resuelven el problema de la asignación de recursos y la satisfacción de las necesidades humanas. Se habla entonces de economías diversas, comunitarias, transformadoras, post-capitalistas, autónomas, colaborativas, solidarias, o de prácticas económicas alternativas (Sánchez, 2019).

La originalidad de estas fórmulas alternativas radica en su concepción extensa de lo económico. Gibson-Graham (2008, 2014) identifican una amplia variedad de modalidades de empresa, trabajo, propiedad, transacción y financiación, clasificadas en tres niveles: capitalista, alternativas al capitalismo (pero organizadas en torno al mercado) y ajenas al capitalismo y al mercado. A esta taxonomía, muy citada, se suma la aportación de White y Williams (2012, 2016) sobre la pluralidad de formas de trabajo que hacen posible la vida económica *sensu lato*, desde los cuidados en el hogar hasta el empleo retribuido en la empresa privada. Estos geógrafos han demostrado que, en el Reino Unido, las modalidades de trabajo informales y no remuneradas se practican con más frecuencia que las capitalistas y son además las preferidas para la satisfacción de las necesidades domésticas y familiares.

La investigación sobre estas economías comunitarias es, para Barnes y Christophers (2018), una de las nuevas fronteras de la Geografía Económica porque desvela la coexistencia -incluso, la interdependencia- del capitalismo con soluciones económicas no capitalistas, y porque éstas producen sus propios espacios económicos, algunos incardinados en el espacio capitalista, otros con aspiraciones autogestionarias. Conviene añadir que esta línea de trabajo representa una novedad cualitativa en el proyecto estructural-contextual porque ensancha su campo de estudio más allá de los límites del capitalismo, que durante casi treinta años atrajo toda la atención de la disciplina.

La investigación sobre estos espacios y economías alternativas ve en ellas un cuestionamiento del capitalismo globalizado y financiarizado. Sea en comunidades locales o en redes multilocalizadas, las prácticas económicas alternativas (Conill et al., 2012) tienen voluntad transformadora (Suriñach, 2017) y aspiran a erradicar el capitalismo, a reconvertirlo en un sistema más humano, solidario y sostenible, o a habilitar ámbitos socioeconómicos situados al margen del capitalismo. El núcleo político del debate se sitúa entonces en la relación que las alternativas deben establecer con el orden capitalista.

Aquí la alternativa se bifurca (ver apartado 3 y Figura 1) entre quienes rechazan cualquier compromiso con un sistema viciado en su esencia y quienes sostienen que dicho orden sólo

puede ser transformado desde dentro, participando en la política institucionalizada y fundando empresas (sociales, solidarias, inclusivas) que sean a la vez rentables y activas en la defensa de los valores sociales y ecológicos. Estos últimos, compartiendo la crítica al capitalismo, proponen la innovación social y el desarrollo territorial integrado como estrategias para corregir sus consecuencias más dañinas y construir territorios inclusivos, sostenibles, participativos e inteligentes.

Referencia obligada en materia de innovación social son Juan Luis Klein y Frank Moulaert que, no por casualidad, han evolucionado desde la reflexión sobre el desarrollo territorial integrado (Moulaert & Nussbaumer, 2005; Klein, 2007) a la innovación social como estrategia comunitaria para conseguirlo (Fontan, Klein & Tremblay, 2004; Hillier, Moulaert & Nussbaumer, 2004; Moulaert, 2015; Klein et al., 2016).

Economías alternativas, innovación social y desarrollo territorial conforman una línea de pensamiento cuyos rasgos comunes (visión holística del territorio, preferencia por la escala local de análisis e intervención, voluntad participativa, cuestionamiento del modelo socioeconómico dominante) no ocultan sus dispares planteamientos políticos y su desigual grado de inserción en las políticas públicas: conflictivo, incipiente e inestable en el primer caso, más extendido y formalizado en el segundo, y plenamente integrado en el tercero. En todo caso, los tres conceptos se auto-definen respecto al capitalismo hegemónico, por lo que forman parte integral del proyecto estructural-contextual y a la vez reflejan la hibridación de la disciplina, puesto que conceden a la sostenibilidad ambiental y el respeto por la Naturaleza una posición de primera fila, ya discutida más arriba.

A lo largo de este quinto apartado han sido citados muchos autores no angloamericanos. Desde el año 2000, otras escuelas nacionales han ganado influencia en la Geografía Económica. El citado Editorial de 2011 (Economic Geography, 2011) y Sheppard, Barnes y Peck (2012, p. 5) llamaban a la *descolonización* de la Geografía Económica, en el doble sentido de investigar más sobre los países externos al capitalismo noratlántico y sus excolonias angloparlantes (Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Singapur), y de globalizar una disciplina dominada por el pensamiento, las publicaciones y las prácticas de la academia angloamericana (Schurr, Müller & Imhof, 2020). Argumentan Hassink, Gong y Marques (2019) que esa hegemonía empobrece la Geografía Económica porque impone unos marcos obligatorios de referencia que apenas incluyen voces afincadas en otros ámbitos académicos y bloquea el desarrollo teórico de y desde *la periferia*.

Desde España parece fácil concordar con estas afirmaciones. Pero es obligado admitir que la Geografía Económica se ha descolonizado levemente desde 2000, al menos en la macro-región del Atlántico Norte. Esta tímida descolonización –o *decentering*– está sujeta, justamente, al principio de la variedad relacionada, en este caso de naturaleza espacial e institucional. En los países geográficamente más próximos y/o culturalmente más afines al Reino Unido y Estados Unidos han aparecido figuras decisivas como Ron Boschma (Países Bajos), Frank Moulaert (Bélgica), Bjorn Asheim o Anders Malmberg (Suecia), Johannes Glückler, Harald Bathelt y Christian Berndt (Alemania), Juan Luis Klein (Canadá), Henry Yeung o Neil Coe (Singapur)... La emigración hacia instituciones de prestigio, caso de Andrés Rodríguez Pose a la London School of Economics, es otra vía para la participación *desde fuera* en el desarrollo de la disciplina.

En cambio, los países que no cumplen con estas condiciones siguen encontrando dificultades para ganar presencia propia en la Geografía Económica internacional. Francia es un caso tremendamente llamativo, dada su riquísima tradición geográfica y su envidiable potencia editorial, pues son muchos los textos y atlas sobre Geografía Económica que se publican en francés (los más recientes, Talandier & Pecqueur, 2018 y Boulay & Grandclement, 2019). Pero tras Georges Benko y los teóricos de la regulación, no ha habido ninguna figura francoparlante con verdadera proyección exterior y los geógrafos económicos franceses, en su gran mayoría, siguen publicando en medios francófonos.

En cuanto al caso español, las oportunidades que proporciona nuestra lengua para publicar en Iberoamérica nos conceden visibilidad fuera de nuestras fronteras, pero no por eso hemos rehuido el esfuerzo de publicar en revistas europeas o estadounidenses editadas en lengua inglesa (Sánchez, 2021). En todo caso, la experiencia de estas dos décadas demuestra que la descolonización de la Geografía Económica no va a venir del impulso desinteresado o del apoyo gratuito desde el núcleo angloamericano, sino del trabajo perseverante de quienes, en otros países, trabajamos con rigor y constancia para desarrollar y defender nuestras posturas en el mismo campo (revistas, congresos, editoriales) que los autores angloparlantes más reconocidos.

El proyecto estructural-contextual, en definitiva, está afirmando su personalidad dentro de la Geografía Económica. Primero, porque el enfoque relacional insiste en la interacción entre las estructuras y los contextos donde se desenvuelve la acción de los agentes económicos. Segundo, porque ha hallado nuevos contextos, no capitalistas pero entrelazados con el capitalismo, donde estudiar la espacialidad de la economía. Tercero, porque, junto al segundo

proyecto ambiental, ha participado en el desarrollo de conceptos (economías comunitarias, innovación social, desarrollo territorial) que intentan tanto capturar el funcionamiento integrado de la Naturaleza, la sociedad y la economía como proponer ideas-fuerza de indudable proyección política, es decir, capaces de actuar sobre los contextos locales y transformar, siquiera levemente, las estructuras globales. Y cuarto, porque la acción misma de sus practicantes está erosionando lentamente la hegemonía (estructura) de la Geografía Económica angloamericana desde contextos académicos próximos, pero no idénticos, en un proceso incipiente cuyo final está por escribir.

6 2020, una Geografía Económica inquieta y expansiva

Tras la exposición anterior, parece razonable afirmar que hacer Geografía Económica en 2020 equivale a deslizarse por un torrente disciplinar donde confluyen muchísimas contribuciones académicas que no solamente hablan de economía (cuidados, producción, distribución, consumo, financiación...) en clave espacial, sino que incorporan los factores y explicaciones ambientales, sociales, culturales y políticas que concurren en cada lugar concreto y en cada escala geográfica para hacer de la economía un proceso territorialmente diferenciado que genera, a su vez, desigualdades de muy diversa índole entre los territorios.

Ahora bien, diversos autores (Barnes & Sheppard, 2010; Martin, 2018) vienen mostrando su inquietud sobre la ausencia de un núcleo central de teorías, conceptos, métodos y temas de investigación en una Geografía Económica que ha sido incluso comparada con un donut (Peck & Olds, 2007) por esa propensión permanente a la incorporación de nuevas perspectivas a su acervo disciplinar con el peligro, apuntan, de compartimentación interna, irrelevancia pública, pérdida de identidad académica, y disolución paulatina por la subordinación a los avances de otras ciencias sociales y naturales.

Este es un debate que, en el fondo, prueba la vitalidad de la disciplina, su temperamento (¿demasiado?) inconformista, y su búsqueda de un equilibrio inestable entre las cuestiones básicas que casi todos reconocemos como propias y la indagación sobre las muchas novedades que pone a nuestro alcance el torbellino diario de la economía. Aun apreciando los periódicos avisos sobre los riesgos implícitos en una expansión infinita de la Geografía Económica, y todavía más las propuestas, tan encomiables como abocadas al fracaso, de alcanzar algún tipo de consenso centrípeto (Hassink & Gong, 2017; Gong & Hassink, 2020), la interpretación desde la óptica de los proyectos científicos, aquí propuesta, puede rebajar este nivel de alarma.

En efecto, y respondiendo a las preguntas planteadas en la Introducción, este artículo muestra que, en estas dos últimas décadas, los tres proyectos científicos han continuado desarrollando sus pilares fundamentales -con sustanciales aportaciones teóricas externas- a la vez que han tejido numerosos espacios de interacción e hibridación entre ellos. Se trata de una hibridación que a los autores preocupados por la unidad de la Geografía Económica pueda parecer incipiente, tímida, y seguramente involuntaria, pero que también es efectiva y real, a tenor de la trascendencia adquirida por conceptos como el desarrollo territorial integrado, que fusionan elementos de los proyectos ambiental y estructural-contextual y, a la vez, proponen modelos normativos –característicos del proyecto locacional– para informar las políticas públicas y la intervención territorial.

La lógica interna del proyecto locacional abunda en este argumento, porque la Geografía Económica evolucionista introduce la inestabilidad, el cambio y el desequilibrio en el mundo neoclásico de la convergencia y el equilibrio, ya agrietado por la Nueva Geografía Económica. Además, la GEE revitaliza una tradición que fue fructífera para la Geografía Económica *proper* durante el fordismo, dotándola ahora de una mirada histórica ausente en los orígenes del proyecto y hallando explicaciones biológicas (rutinas y competencias de las empresas) y ecológicas (adaptación, selección) sobre la aglomeración espacial, el desarrollo desigual y el auge (y caída) de las economías regionales y locales. La GEE, pues, fusiona elementos locacionales clásicos con el lenguaje ambientalista y la preocupación del proyecto estructural-contextual -sobre todo de sus escuelas institucionalista y regulacionista- por los procesos de desarrollo y acumulación a largo plazo. A su vez, conceptos como co-evolución o co-construcción son hoy frecuentes en Geografía Económica porque el pensamiento evolucionista –quizá no tanto su metodología cuantitativa– también ha colonizado parte del proyecto estructural-contextual.

Recuperando la conocida metáfora de Scott (2000), el palimpsesto de la Geografía Económica del año 2020 tiene ahora capas –léase, proyectos científicos– más gruesas y entrelazadas, en una etapa de hibridación propia de los tiempos del Antropoceno y su abordaje complejo y multifocal de los procesos en el territorio. Tanto la inseparabilidad de Naturaleza y Sociedad (la *Socionaturaleza* del editorial de *Economic Geography*, 2011) que plantean el desarrollo territorial y las economías comunitarias, como la utilización de la teoría de la evolución para comprender la trayectoria económica de las regiones, encarnan bien la traslación del pensamiento antropocénico a la Geografía Económica. Ambos ejemplos, además, confluyen en la recuperación del territorio (y de los lentos procesos que lo construyen) como objeto de

estudio holístico en Geografía Económica. La Geografía Económica del Antropoceno debe ser una Geografía Económica de los territorios, y no sólo de los múltiples actores y los casi infinitos sectores que (re)producen de continuo el circuito de la economía. En el desafío inherente a esta concepción omnicomprensiva de la Geografía Económica radica, seguramente, el entusiasmo de quienes, como Trevor Barnes, se han (nos hemos) dedicado a ella toda la vida:

Una de las razones por las que somos tan aficionados a la disciplina es que apreciamos su capacidad de absorber, como una esponja, facetas de la realidad muy amplias y diferentes: el medio ambiente, la economía, la política, la sociedad, la cultura, la historia, y por supuesto la geografía (Barnes & Christophers, 2018, p.304).

Agradecimientos: Agradezco la atención prestada a este trabajo por los/as evaluadores/as, cuyas aportaciones han contribuido a mejorar de forma evidente el manuscrito original.

Declaración responsable: El autor declara que no existe ningún conflicto de interés relacionado con la publicación de este artículo.

Bibliografía

Albertos Puebla, J.M., Caravaca Barroso, I., Méndez Gutiérrez del Valle, R., & Sánchez Hernández, J.L. (2004). Desarrollo territorial y procesos de innovación socioeconómica en sistemas productivos locales. In J.L. Alonso Santos, L.J. Aparicio Amador & J.L. Sánchez Hernández (Eds.), *Recursos territoriales y geografía de la innovación industrial en España* (pp. 15-60). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Barnes, T. J. (2001). Retheorizing Economic Geography: from the Quantitative Revolution to the 'Cultural Turn'. *Annals of the Association of American Geographers*, 91(3), 546-565. <https://doi.org/10.1111/0004-5608.00258>

Barnes, T.J., & Christophers, B. (2018). *Economic Geography. A Critical Introduction*. Holboken: John Wiley & Sons.

Barnes, T.J., & Sheppard, E. (2010). 'Nothing includes everything': towards engaged pluralism in Anglophone economic geography. *Progress in Human Geography*, 34(2), 193-214. <https://doi.org/10.1177/0309132509343728>

Barry, A., & Maslin, M. (2016). The Politics of the Anthropocene: a Dialogue. *Geo. Geography and Environment*, 3(2), 1-12. <https://doi.org/10.1002/geo2.22>

Bathelt, H. (2006). Geographies of Production: Growth Regimes in Spatial Perspective 3 – toward a Relational View of Economic Action and Policy. *Progress in Human Geography*, 30(2), 223-236. <https://doi.org/10.1191/0309132506ph603pr>

Bathelt, H., & Glückler, J. (2003). Toward a Relational Economic Geography. *Journal of Economic Geography*, 3, 117-144. <https://doi.org/10.1093/jeg/3.2.117>

Bathelt, H., & Glückler, J. (2005). Resources in Economic Geography: from Substantive Concepts towards a Relational Perspective. *Environment & Planning A*, 37(9), 1545-1563. <https://doi.org/10.1068/a37109>

Bathelt, H., & Glückler, J. (2011). *The Relational Economy: Geographies of Knowing and Learning*. Oxford: Oxford University Press.

Bathelt, H., & Glückler, J. (2014). Institutional Change in Economic Geography. *Progress in Human Geography*, 38(3), 340-363. <https://doi.org/10.1177/0309132513507823>

- Bathelt, H., & Glückler, J. (2018). Relational Research Design in Economic Geography. In G.L. Clark, M.P. Feldman, M.S. Gertler & D. Wójcik (Eds.), *The New Oxford Handbook of Economic Geography* (pp. 179-195). Oxford: Oxford University Press.
- Bathelt, H., Malmberg, A., & Maskell, P. (2004). Clusters and Knowledge: Local Buzz, Global Pipelines and the Process of Knowledge Creation. *Progress in Human Geography*, 28(1), 31-56. <https://doi.org/10.1191/0309132504ph469oa>
- Berg, S.Y., & Hassink, R. (2014). Creative Industries from an Evolutionary Perspective: A Critical Literature Review. *Geography Compass*, 8/9, 653-664. <https://doi.org/10.1111/gec3.12156>
- Berndt, Ch., & Boeckler, M. (2009). Geographies of Circulation and Exchange: Constructions of Markets. *Progress in Human Geography*, 33(4), 535-551. <https://doi.org/10.1177/0309132509104805>
- Berndt, Ch., & Boeckler, M. (2011). Geographies of Markets: Materials, Moral and Monsters in Motion. *Progress in Human Geography*, 35(4), 559-567. <https://doi.org/10.1177/0309132510384498>
- Berndt, Ch., & Wirth, M. (2018). Market, Metrics, Morals: The Social Impact Bond as an Emerging Social Policy Instrument. *Geoforum*, 90, 27-35. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2018.01.019>
- Boeckler, M., & Berndt, Ch. (2013). Geographies of Circulation and Exchange III: The Great Crisis and Marketization 'After Markets'. *Progress in Human Geography*, 37(3), 424-432. <https://doi.org/10.1177/0309132512453515>
- Boschma, R.A. (2004). Competitiveness of Regions from an Evolutionary Perspective. *Regional Studies*, 38(9), 1001-1014. <https://doi.org/10.1080/0034340042000292601>
- Boschma, R.A. (2005). Proximity and Innovation: A Critical Assessment. *Regional Studies*, 39(1), 61-74. <https://doi.org/10.1080/0034340052000320887>
- Boschma, R.A., & Frenken, K. (2006). Why is Economic Geography not an Evolutionary Science? Towards an Evolutionary Economic Geography. *Journal of Economic Geography*, 6, 273-302. <https://doi.org/10.1093/jeg/lbi022>
- Boschma, R., & Frenken, K. (2011). The Emerging Empirics of Evolutionary Economic Geography. *Journal of Economic Geography*, 11, 295-307. <https://doi.org/10.1093/jeg/lbi022>

- Boschma, R., & Frenken, K. (2018). Evolutionary Economic Geography. In G.L. Clark, M.P. Feldman, M.S. Gertler & D. Wójcik (Eds.), *The New Oxford Handbook of Economic Geography* (pp. 213-229). Oxford: Oxford University Press.
- Boschma, R., & Martin, R. (2007). Editorial. Constructing an Evolutionary Economic Geography. *Journal of Economic Geography*, 7, 537-548. <https://doi.org/10.1093/jeg/lbm021>
- Boschma, R., Coenen, L., Frenken, K., & Truffer, B. (2017). Towards a Theory of Regional Diversification: Combining Insights from Evolutionary Economic Geography and Transition Studies. *Regional Studies*, 51(1), 31-45. <https://doi.org/10.1080/00343404.2016.1258460>
- Boulay, G., & Grandclement, A. (2019). *Introduction a la géographie économique*. Malakoff: Armand Colin.
- Braczyk, H.J., Cooke, Ph., & Heindereich, M. (Eds.) (1998). *Regional Innovation Systems: the Role of Governance in a Globalized World*. London: University College London Press.
- Carr, Ch., & Gibson, Ch. (2016). Geographies of making: rethinking materials and skills for volatile futures. *Progress in Human Geography*, 40(3), 297-315. <https://doi.org/10.1177/0309132515578775>
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- Castells, M., Banet-Weiser, S., Hlebik, S., Kallis, G., Pink, S., Seale, K., ... Varvarousis, A. (2017). *Otra economía es posible. Cultura y economía en tiempos de crisis*. Madrid: Alianza.
- Chatterton, P. (2016). Building Transitions to Post-Capitalist Commons. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 41(4), 403-415. <https://doi.org/10.1111/tran.12139>
- Clark, G.L., Feldman, M.P., & Gertler, M.S. (Eds.) (2000). *The Oxford Handbook of Economic Geography*. Oxford: Oxford University Press.
- Conill, J., Cárdenas. A., Castells, M, Servon, L., & Hlebik, S. (2012). *Otra vida es posible. Prácticas económicas alternativas durante la crisis*. Barcelona: UOC.
- Cooke, Ph., & Morgan, K. (Eds.) (1998). *The Associational Economy: Firms, Regions and Innovation*. Oxford: Oxford University Press.
- Crutzen, P.J., & Stoermer, E.F. (2000). The Anthropocene. *IGBP Newsletter*, 41, 17-18. Retrieved from <http://www.igbp.net/download/18.316f18321323470177580001401/1376383088452/NL41.pdf>

- Economic Geography (2011). Editorial: Emerging Themes in Economic Geography: Outcomes of the Economic Geography 2010 Workshop. *Economic Geography*, 87(2), 111-126. <https://doi.org/10.1111/j.1944-8287.2011.01114.x>
- Edenhoffer, K., & Hayter, R. (2013). Restructuring on a vertiginous plateau: the evolutionary trajectories of British Columbia's forest industries. *Geoforum*, 44, 139-151. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2012.10.002>
- Faller, F., & Schulz, Ch. (2018). Sustainable practices of the energy transition - Evidence from the biogas and building industries in Luxembourg. *Applied Geography*, 90, 331-338. <https://doi.org/10.1016/j.apgeog.2017.06.027>
- Fickey, A. (2011). 'The Focus has to be on Helping People Make a Living': Exploring Diverse Economies and Alternative Economic Spaces. *Geography Compass*, 5/5, 237-248. <https://doi.org/10.1111/j.1749-8198.2011.00418.x>
- Fløysand, A., & Jakobsen, S.E. (2011). The Complexity of Innovation: A Relational Turn. *Progress in Human Geography*, 35(3), 328-344. <https://doi.org/10.1177%2F0309132510376257>
- Fontan, J.M., Klein, J.L., & Tremblay, D.G. (2004). Innovation et société: pour élargir l'analyse des effets territoriaux de l'innovation. *Géographie Économie Société*, 6, 115-128. Retrieved from <https://www.cairn.info/revue-geographie-economie-societe-2004-2-page-115.htm>
- Fraser, N. (2014). Can Society be Commodities all the Way Down? Post-Polanyian Reflections on Capitalist Crisis. *Economy and Society*, 43(4), 541-558. <https://doi.org/10.1080/03085147.2014.898822>
- Fuller, D., Jonas, A.E.G., & Lee, R. (Eds.) (2010). *Interrogating Alterity: Alternative Economic and Political Spaces*. Londres: Routledge.
- Geels, F.W. (2002). Technological transitions as evolutionary reconfiguration processes: a multi-level perspective and a case-study. *Research Policy*, 31(8-9), 1257-1274. [https://doi.org/10.1016/S0048-7333\(02\)00062-8](https://doi.org/10.1016/S0048-7333(02)00062-8)
- Gibson-Graham, J.K. (2007). Cultivating Subjects for a Community Economy. In A. Tickell, E. Sheppard, J. Peck & T.J. Barnes (Eds.), *Politics and Practice in Economic Geography* (pp. 106-118). London: SAGE.
- Gibson-Graham, J.K. (2008). Diverse Economies: Performative Practices of 'Other Worlds'. *Progress in Human Geography*, 32(5), 613-632. <https://doi.org/10.1177/0309132508090821>

- Gibson-Graham, J.K. (2014). Rethinking the Economy with Thick Description and Weak Theory. *Current Anthropology*, 55(9), S147-S153. <https://doi.org/10.1086/676646>
- Glückler, J. (2006). A Relational Assessment of International Market Entry in Management Consulting. *Journal of Economic Geography*, 6, 369-393. <https://doi.org/10.1093/jeg/lbi016>
- Glückler, J., & Panitz, R. (2016). Relational Upgrading in Global Value Networks. *Journal of Economic Geography*, 16(6), 1161-1185. <https://doi.org/10.1093/jeg/lbw033>
- Gong, H., & Hassink, R. (2020). Context sensitivity and economic-geographic (re)theorising. *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, rsaa021. <https://doi.org/10.1093/cjres/rsaa021>
- Haggett, P. (1976) [1965]. *Análisis locacional en Geografía Humana*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Hassink, R., & Gong, H. (2017). Sketching the Contours of an Integrative Paradigm of Economic Geography. *Papers in Innovation Studies 2017/12*, Lund: Lund University & CIRCLE - Center for Innovation, Research and Competences in the Learning Economy. Retrieved from http://wp.circle.lu.se/upload/CIRCLE/workingpapers/201712_hassink_et_al.pdf
- Hassink, R., Gong, H., & Marques, P. (2019). Moving beyond Anglo-American Economic Geography. *International Journal of Urban Sciences*, 23(2), 149-169. <https://doi.org/10.1080/12265934.2018.1538812>
- Hillier, J., Moulaert, F., & Nussbaumer, J. (2004). Trois essais sur le rôle de l'innovation sociale dans le développement territorial. *Géographie Économie Société*, 6(2), 129-152. Retrieved from <https://www.cairn.info/revue-geographie-economie-societe-2004-2-page-129.htm>
- Hodkinson, S., & Chatterton, P. (2006). Autonomy in the City? *Cities*, 10(3), 305-315. <https://doi.org/10.1080/13604810600982222>
- Isard, W. (1956). *Location and the Space-Economy*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Jones, A. (2014). Geographies of Production I: Relationality Revisited and the 'Practice Shift' in Economic Geography. *Progress in Human Geography*, 38(4), 605-615. <https://doi.org/10.1177/0309132513502151>
- Kallis, G., & March, H. (2015). Imaginaries of Hope: The Utopianism of Degrowth. *Annals of the Association of American Geographers*, 105(2), 360-368. <https://doi.org/10.1080/00045608.2014.973803>

- Klein, J.L. (2007). Geografía y desarrollo local. In A. Lindón Villoria & D. Hiernaux Nicolás (Dirs.), *Tratado de Geografía Humana* (pp. 303-319). Barcelona: Anthropos.
- Klein, J.L., Camus, A., Jetté, C., Champagne, C., & Roy, M. (Dirs.) (2016). *La transformation sociale par l'innovation sociale*. Québec: Presses Universitaires du Québec.
- Latouche, S. (2013). La décroissance comme projet urbain et paysager. *Études de Lettres*, 1-2, 1-11. <https://doi.org/10.4000/edl.507>
- Leyshon, A., Lee, R., & Williams, C.C. (Eds.) (2003). *Alternative Economic Spaces*. London: SAGE.
- Lundvall, B.A., & Maskell, P. (2000). Nation-States and Economic Development: from National Systems of Production to National Systems of Knowledge Creation and Learning. In G.L. Clark, M.P. Feldman & M.S. Gertler (Eds.), *The Oxford Handbook of Economic Geography* (pp. 353-372). Oxford: Oxford University Press.
- Magnaghi, A. (2016). El proyecto de la biorregión como alternativa a la crisis urbana. *Boletín ECOS*, 36, 1-9. Retrieved from https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/36/bioregion_A_MAGNAGHI.pdf
- Martin, R. (2018). Is British Economic Geography in Decline? *Environment & Planning A*, 50(7), 1503-1509. <https://doi.org/10.1177/0308518X18774050>
- Martin, J.C., Upham, P., & Budd, L. (2015). Commercial Orientation in Grassroots Social Innovation: Insights from the Sharing Economy. *Ecological Economics*, 115, 240-251. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2015.08.001>
- Mason, P. (2016). *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*. Barcelona: Paidós.
- Mitchell, C.J.A., & Shannon, M. (2018). Exploring Cultural Heritage Tourism in Rural Newfoundland through the Lens of the Evolutionary Economic Geographer. *Journal of Rural Studies*, 59, 21-34. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2017.12.020>
- Moulaert, F. (Ed.) (2015). *The International Handbook of Social Innovation: Collective Action, Social Learning and Transdisciplinary Research*. Chentelham: Edward Elgar.
- Moulaert, F., & Nussbaumer, J. (2005). The Social Region: Beyond the Territorial Dynamics of the Learning Economy. *European Urban and Regional Studies*, 12(1), 45-64. <https://doi.org/10.1177/0969776405048500>

- Moulaert, F., & Sekia, F. (2003). Territorial Innovation Models: A Critical Survey. *Regional Studies*, 37(3), 289-302. <https://doi.org/10.1080/0034340032000065442>
- Nasarre y de Goicoechea, F., Baiget Llompart, M., Fernández Hernando, M^a A., Rodríguez Arce, L.M., & González Fernández-Mellado, S. (2017). Las Estrategias de Desarrollo Urbano Sostenible e Integrado (estrategias DUSI). La apuesta por un crecimiento inteligente, sostenible e integrador en las ciudades españolas. *Ciudad y Territorio - Estudios Territoriales*, 194, 801-819. Retrieved from <https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/76597>
- Nicolosi, E., & Feola, G. (2016). Transition in Place: Dynamics, Possibilities, and Constraints. *Geoforum*, 76, 153-163. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2016.09.017>
- Nicolosi, E.; Medina, R., & Feola, G. (2018). Grassroots innovations for sustainability in the United States: A spatial analysis. *Applied Geography*, 91, 55-69. <https://doi.org/10.1016/j.apgeog.2017.12.024>
- Ortega Valcárcel, J. (2000). *Los horizontes de la Geografía. Teoría de la Geografía*. Barcelona: Ariel.
- Overman, H.G. (2004). Can we learn anything from economic geography proper? *Journal of Economic Geography*, 4(5), 501-516
- Pascual Ruiz-Valdepeñas, H., & Guerra Velasco, J.C. (2019). La base social y las formas de organización de las prácticas económicas alternativas: una aproximación a su caracterización, estrategias, potencialidades y límites. In J.L. Sánchez Hernández (Coord.), *Espacios y prácticas económicas alternativas en las ciudades españolas* (pp. 233-255). Cizur Menor (Navarra): Thomson-Reuters-Aranzadi. Retrieved from <https://gredos.usal.es/handle/10366/144026>
- Patchell, J., Hayter, R. (2013). Environmental and Evolutionary Economic Geography: Time for EEEG? *Geografiska Annaler Series B. Human Geography*, 95(2), 113-130. <https://doi.org/10.1111/geob.12012>
- Peck, J., & Olds, K. (2007). Report: The Summer Institute in Economic Geography. *Economic Geography*, 83(3), 309-318. <https://doi.org/10.1111/j.1944-8287.2007.tb00356.x>
- Pike, A., Rodríguez-Pose, A., & Tomaney, J. (2006). *Local and Regional Development*. London: Routledge.
- Polanyi, K. (2003). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Mexico D.F.: Siglo XXI.

- Pollitt, Ch., & Hupe, P. (2011). Talking About Government. The Role of Magic Concepts. *Public Management Review*, 13(5), 641-658. <https://doi.org/10.1080/14719037.2010.532963>
- Reiffenstein, T. (2017). Ramen Restaurant Clusters in Japan: Geographical Variety, Locational Lore, and Evolutionary Characteristics. *The Canadian Geographer*, 61(3), 440-456. <https://doi.org/10.1111/cag.12396>
- Rodríguez Pose, A. (2001). Killing Economic Geography with a 'Cultural Turn' Overdose. *Antipode*, 33(2), 176-182. <https://doi.org/10.1111/1467-8330.00176>
- Rosenman, E., Loomis, J., & Kay, K. (2020). Diversity, representation, and the limits of engaged pluralism in (economic) geography. *Progress in Human Geography*, 44(3), 510-533. <https://doi.org/10.1177/0309132519833453>
- Sánchez Hernández, J. L. (2003). *Naturaleza, localización y sociedad. Tres enfoques para la Geografía Económica*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Sánchez Hernández, J. L. (2019). Construir, transformar, superar el capitalismo a través de la acción colectiva localizada: las prácticas económicas alternativas. In J.L. Sánchez Hernández (Coord.), *Espacios y prácticas económicas alternativas en las ciudades españolas* (pp. 29-62). Cizur Menor (Navarra): Thomson-Reuters-Aranzadi. Retrieved from <https://gredos.usal.es/handle/10366/144026>
- Sánchez Hernández, J.L. (Coord.) (2019). *Espacios y prácticas económicas alternativas en las ciudades españolas*. Cizur Menor (Navarra): Thomson-Reuters-Aranzadi. Retrieved from <https://gredos.usal.es/handle/10366/144026>
- Sánchez Hernández, J.L., & Glückler, J. (2019) Alternative economic practices in Spanish cities: from grassroots movements to urban policies? An institutional perspective. *European Planning Studies*, 27(12), 2450-2469. <https://doi.org/10.1080/09654313.2019.1644295>
- Sánchez Hernández, J.L., & Moro Gutiérrez L. (2019). Los órdenes de justificación como marco analítico para el estudio de las prácticas económicas alternativas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 67, 107-124. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.167.107>
- Sánchez Hernández, J.L., & Pitarch Garrido, M^a D. (2019). Las modalidades, el alcance y los límites del *giro alternativo* de las políticas urbanas en España. In J.L. Sánchez Hernández (Coord.), *Espacios y prácticas económicas alternativas en las ciudades españolas* (pp. 277-295). Cizur Menor (Navarra): Thomson-Reuters-Aranzadi. Retrieved from <https://gredos.usal.es/handle/10366/144026>

- Sánchez Hernández, J.L. (2021). De-Centering in Practice: Governance through Co-ordination in Spanish Economic Geography. *The Geographical Journal*, 00, 1-7. <https://doi.org/10.1111/geoj.12374>
- Schmid, B. (2019). Degrowth and Post-capitalism: Transformative Geographies beyond Accumulation and Growth. *Geography Compass*, 2019, e12470. <https://doi.org/10.1111/gec3.12470>
- Schulz, C., & Bailey, I. (2014). The spatial dimension of the green economy and post-growth regimes: Opportunities and challenges for economic geography. *Geografiska Annaler Series B. Human Geography*, 96, 277-291. <https://doi.org/10.1111/geob.12051>
- Schurr, C., Müller, M., & Imhof, N. (2020). Who Makes Geographical Knowledge? The Gender of Geography's Gatekeepers. *The Professional Geographer*, 72(3), 317-331. <https://doi.org/10.1080/00330124.2020.1744169>
- Scott, A.J. (2000). Economic Geography: The Great Half-Century. In G.L. Clark, M.P. Feldman & M.S. Gertler (Eds.). *The Oxford Handbook of Economic Geography* (pp. 18-44). Oxford: Oxford University Press.
- Sheppard, E. (2000). Geography or Economics? Conceptions of Space, Time, Interdependence and Agency. In G.L. Clark, M.P. Feldman & M.S. Gertler (Eds.), *The Oxford Handbook of Economic Geography* (pp. 99-119). Oxford: Oxford University Press.
- Sheppard, E., Barnes, T.J., & Peck, J. (2012). The Long Decade: Economic Geography, Unbound. In T.J. Barnes, J. Peck & E. Sheppard (Eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Economic Geography* (pp. 1-23). Chichester: Wiley-Blackwell.
- Storper, M., & Walker, R. (1989). *The Capitalist Imperative: Territory, Technology and Industrial Growth*. Oxford: Basil Blackwell.
- Storper, M., Kemeny, Th., Makarem, M., & Osman, T. (2015). *The Rise and Fall of Urban Economies: Lessons from San Francisco and Los Angeles*. Redwood City: Stanford University Press.
- Streeck, W. (2017). *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Suau Sánchez, P., & Pallarés Barberá, M. (2013). An Evolutionary Approach to Air Transport: Market, Technology and Institutional Co-evolution. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 59, 543-557. <https://doi.org/10.5565/rev/dag.62>

- Subirats, J., & García-Bernardos, A. (Eds.). (2015). *Innovación social y políticas urbanas en España. Experiencias significativas en las grandes ciudades*. Barcelona: Icaria. Retrieved from https://ddd.uab.cat/pub/l1ibres/2015/189796/innsocpol_a2015iSPA.pdf
- Sunley, P. (2008). Relational Economic Geography: A Partial Understanding or a New Paradigm? *Economic Geography*, 84(1), 1-26. <https://doi.org/10.1111/j.1944-8287.2008.tb00389.x>
- Suriñach, R. (2017). *Economías transformadoras de Barcelona*. Barcelona: Montaber - Ayuntamiento de Barcelona.
- Talandier, M., & Pecqueur, B. (Dirs.). *Renouveler la géographie économique*. Paris: Anthropos.
- Torre, A. (2015). Théorie du développement territorial. *Géographie Économie Société*, 17, 273-288. Retrieved from <http://pdfs.semanticscholar.org/7d0c/4627c2cf1d748bb11d0fd599f3f6b3439c95.pdf>
- Vázquez Barquero, A. (2007). Desarrollo endógeno. Teoría y políticas de desarrollo territorial. *Investigaciones Regionales*, 11, 183-210. Retrieved from <http://hdl.handle.net/10017/30390>
- White, R.J., & Williams, C.C. (2012). The Pervasive Nature of Heterodox Economic Spaces at a Time of Neoliberal Crisis: Towards a 'Postneoliberal' Anarchist Future. *Antipode*, 44(5), 1.625-1.644. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.2012.01033.x>
- White, R.J., & Williams, C.C. (2016). Beyond Capitalocentrism: Are Non-capitalist Work Practices 'Alternatives'? *Area*, 48(3), 325-331. <https://doi.org/10.1111/area.12264>
- Yeung, H.W. (2005). Rethinking Relational Economic Geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 30, 37-51. <https://doi.org/10.1111/j.1475-5661.2005.00150.x>
- Xiao, J., Boschma, R., & Andersson, M. (2018). Industrial Diversification in Europe: The Differentiated Role of Relatedness. *Economic Geography*, 94(5), 541-549. <https://doi.org/10.1080/00130095.2018.1444989>